

ca, y regresando contenta y descansada al lugar de su destino. Si hubiera sido un corzo, su miedo fuera indelible y se hubiera agitado y cansado con extremo.

Á no estar acostumbrados á ellos, los corzos mansos pierden la cabeza al ver á los perros: no así las gamuzas. En libertad no huyen éstas tampoco sin plan ni concierto como los corzos, sino que se detienen en el instante en que escapan del peligro más próximo, se hacen cargo de la situación de las cosas, y, cuando les parece satisfactoria, toman con sosiego sus medidas. Mi experiencia viene en apoyo de este aserto.

En una cacería de gamuzas en Steiermak, á que asistí, había reunido el capitán de los ojeadores una manada de ciento, y las llevaba como á la fuerza hacia uno de los puestos en donde se hallaba mi compañero de caza, el conde Wilzeck. Desde mi sitio, con el anteojo, y á la distancia de unos mil pasos, observaba yo al capitán y á las gamuzas. No corrían ni lo más mínimo, sino que caminaban delante de aquél como un rebaño de ovejas. Hasta hubo el capitán de tirarles algunas piedras al ver que vacilaban, y disparar un tiro para aproximarlas al alcance de mi compañero, y ni aun así perdieron su sangre fría. Lo que sucedió después con los dos machos, como se verá más adelante, lo prueba además cumplidamente. Cuando llegaron las gamuzas á la jurisdicción del Conde, y éste disparó su escopeta, dos se volvieron hacia mí huyendo. Tiré una mientras corrían velozmente, antes que se ocultaran detrás de una elevación del terreno; pero ni por eso se asustaron. Apenas pasaron el montículo, se pararon ambas como para examinar su situación especial, de suerte que me dieron tiempo para tirarles otra vez tranquilo y para indemnizarme del yerro de mi primer tiro, derribando una. Dos disparos seguidos, y á la distancia de ochenta pasos, no habían sido bastantes para hacerles perder su serenidad. ¿Qué hubieran hecho dos corzos?

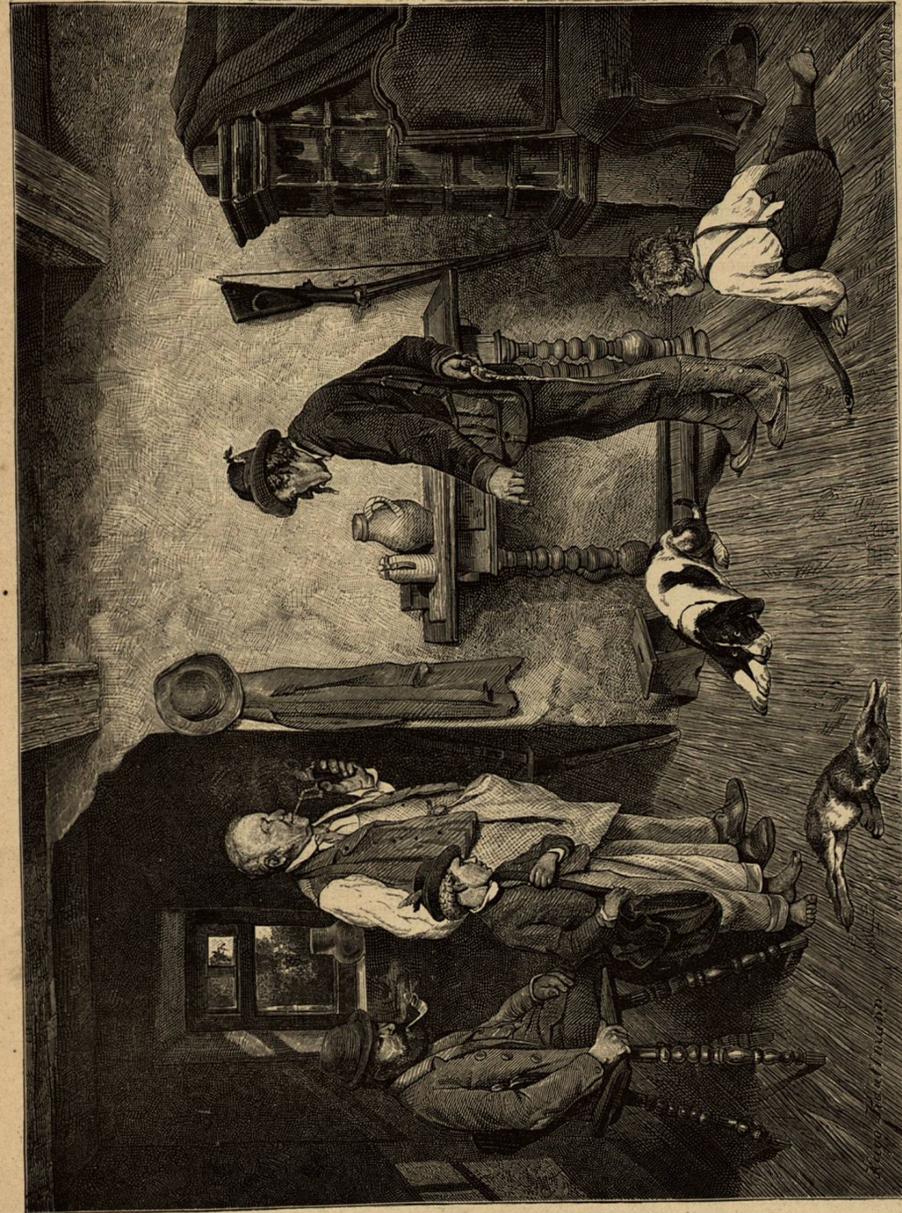
La agilidad de estos animales es verdaderamente prodigiosa, ya en lo relativo al empleo de su fuerza, de la cual hablamos antes, ya en punto á seguridad y presencia de espíritu. La gamuza es equilibrista de primer orden, conforme lo probó delante de mí una con notable brillantez. La recibí ya mansa, y, como no se había preparado para ella empalizada alguna, la alojé en una habitación vacía, encerrándola en un rincón de la misma por medio de una balastrada de madera, á la altura de mis hombros. Una de las veces que la visité, dejé abierta la puerta del aposento. Mientras yo la examinaba, saltó por encima de la balastrada y de mi cabeza, sin tocar á una ni á otra, y se quedó de pie so-

bre el borde superior de la puerta, aunque ésta, al saltar sobre ella, giró sobre sus goznes, permaneciendo el animal tan firme como si estuviera en el asiento más sólido, y guardando maravillosamente el equilibrio. Después que gozó un rato de mi sorpresa, dió un segundo salto á su rincón, rechazando la puerta hasta la pared. Pero hizo más todavía: en el ángulo opuesto al que ocupaba, distante de éste unos 4 metros, había un arca de avena, abierta, de 3 pies de largo y 2 de ancho. Mientras yo reflexionaba en los medios de obviar á esta imposibilidad de encerrarla, saltó de nuevo por el aire, describiendo un arco; pasó por encima de la balastrada y se puso sobre el arca de avena. La vuelta á su rincón se verificó por medio de otro salto tan limpio como los anteriores.

Cuando huyen por los montes es lo más prodigioso que, asentando á cada paso sus pies en lugares desde los cuales han de saltar siempre de distinta manera, exponiéndose á caer si no lo hacen, se mueven con la misma velocidad, seguridad y confianza que los demás animales en terreno llano. Hay casos, sin duda, en que las gamuzas han de mirar con cuidado en dónde ponen sus plantas y dar saltos maravillosos; pero nunca pierden su serenidad de espíritu. Si una cabra se pierde subiendo demasiado alto (y las cabras son trepadoras por excelencia) se queda aterrada balando: no así la gamuza, que si no encuentra otra salida, ó se precipita en el abismo y se escapa, ó se escurre hacia atrás, apoyándose en las rocas con las patas traseras y recogiendo el cuerpo hasta deslizarse en lo más hondo. Se cuenta que en ocasiones se han arrojado en abismos de una profundidad de 100 metros, sin recibir daño alguno si el terreno en donde caían era blando.

La facilidad con que discurren por los terrenos más escabrosos consiste sin duda, en gran parte, en el completo conocimiento que tienen del paraje en donde habitan, y hasta de cada piedra del mismo, así como de las alteraciones que sufre la localidad en cada estación, y del aspecto particular que presenta. Y no lo digo por rebajar en lo más mínimo su mérito ni sus facultades físicas, puesto que sobre ellas puedo añadir las siguientes observaciones, hechas por mí mismo.

En la cacería de gamuzas de Steiermark, ya mencionada, estaba yo en el extremo más bajo de una pendiente llena de guijarros rodados, que se extendía unos mil pies, desnuda de árboles, desde donde miraba con mi anteojo una manada de estos animales, en número de más de ciento, en la parte superior, llamando particularmente mi atención un vigoroso macho por sus rápidos saltos y por su índole inquieta. Le vi



Tomo III.—Caza mayor y menor

atacar de improviso á un compañero más débil, que huyó en seguida hacia el valle, pasando los dos en línea recta á poca distancia de mí, levantando con sus pezuñas los guijarros. Ya me preparaba á recibir á tiros al macho peleador, cuando éste abandonó la persecución del otro á unos ciento veinte pasos del lugar en donde yo estaba, volviéndose con los demás, al mismo tiempo que el perseguido rodó por la senda que seguía, y se levantó y quedó de pie á unos sesenta pasos de mí. Grande fué mi sorpresa cuando vi que era un macho estropeado, ¡con tres piernas tan sólo! La derecha delantera faltaba por completo, á consecuencia de algún tiro ó de nacimiento, si bien no quise tirarle valiéndome tan poco, por no trastornar la mancha. Siempre me aturdiría que hubiese corrido tanto por aquellos vericuetos, tratándose de un inválido de tres pies.

Alimentanse las gamuzas de muchedumbre de plantas diversas; y durante el verano, en que abundan y pueden elegir entre ellas, siendo, como la cabra, extremadamente golosas, prefieren los retoños nuevos y jugosos, y las hierbas aromáticas. En las épocas malas del año han de contentarse con yerba seca, con musgo y líquen, especialmente con el líquen arbóreo; y para alcanzarlo buscan los parajes en donde el viento impide á la nieve acumularse, ó la barre con fuerza. Permanece de buen grado en los lugares en donde se apila el heno durante el invierno, y de aquí que en los distritos en que hayan de criarse se coloquen estos montones de heno en sitios á propósito, fuera del alcance de ventiscas y avalanchas, á causa de su utilidad indisputable, atendiendo á que en los inviernos de mucha nieve perecen no pocas gamuzas por la falta de alimento. No bebe, bastándole el rocío y la nieve para aplacar la sed, aunque, como saben los cazadores, es apasionada de la sal, dándose traza para encontrar las filtraciones naturales de esta sustancia.

Los enemigos principales de las gamuzas de los Alpes son las águilas y *lammergeier*, que no sólo se apoderan de las nuevas y se las llevan, sino que atacan también á las adultas que se descuidan y se ven detenidas por tajos, precipitándolas en los abismos. En otras montañas elevadas les hacen también la guerra los linceos, los lobos y los osos, los cuales suelen atrapar algunas.

Son animales sociales como la mayor parte de los antílopes, y se reúnen frecuentemente formando piaras considerables, aunque los machos viejos vivan separados, excepto en la época del celo, constituyendo la piara las hembras y los machos hasta de tres años, y haciendo de guía, capitana y vigilante una cabra vieja.

Cuando la piara paca queda uno de centinela, y avisa al menor peligro silbando.

A mitad de noviembre comienza el celo de la gamuza, y entran en las piaras los machos fuertes, y combaten unos con otros. Los más jóvenes no se aventuran á pelear con ellos; pero, siendo numerosos, dan que hacer no poco á los primeros, que se ven y se desean para alejarlos de las hembras. Si en una piara hay dos de igual fuerza, dura la batalla hasta que uno vence al otro, porque nunca hay dos en una manada. En este período el macho brama con una voz sorda, cavernosa y á modo de gruñido.

El parto se verifica en todo el mes de mayo ó á principios de junio, dando á luz las gamuzas jóvenes un solo hijo, y las de más edad dos, y raras veces tres. Dos días detiene la cría á la madre, y sólo entonces puede el hombre cogerlas vivas si llega antes á su noticia el estado de aquélla. Pero después huye tan rápidamente uno como otra, y jamás se separan. Al tercer año pueden ya procrear.

Las gamuzas se juntan en ocasiones con otros animales de distinta especie. Reúnense también con las cabras, y producen bastardos ó mestizos. Viven en buena armonía con los ciervos y los corzos, aunque las ovejas le son instintivamente antipáticas. Nunca pisa una gamuza los parajes en donde pasten ovejas, y si hay muchas de éstas no deben tenerse aquéllas.

Una de las ventajas que ofrece la cría de estos animales, comparados con otros, es que no hacen daño alguno. En las regiones en que habitan, y hay hierba abundante, no se nota siquiera su existencia, y hasta la hortaliza próxima á las habitaciones humanas se ve fuera del alcance de sus dientes. Tampoco perjudican á los árboles, porque, si bien las gamuzas no desprecian las yemas ó renuevos de las coníferas, sin embargo son inofensivas, porque sólo comen pinos de valor casi nulo, y situados en lugares en donde nada valen tampoco por la dificultad del transporte. La principal dificultad es la inclinación irresistible que los habitantes de las montañas sienten hacia la caza furtiva; y, aunque padezcan de la misma dolencia algunos de las llanuras, nunca es con esa energía salvaje y ese desenfreno de los montañeses. En las altas montañas es casual que encuentre juez que lo castigue un cazador furtivo que ha matado á un guarda de un tiro, al paso que en tierra llana sucede lo contrario. La conservación de las gamuzas es, por tanto, una guerra á muerte perpetua entre guardas y cazadores, corriendo el riesgo el dueño de la caza de convertir á sus propios guardas en cazadores furtivos.

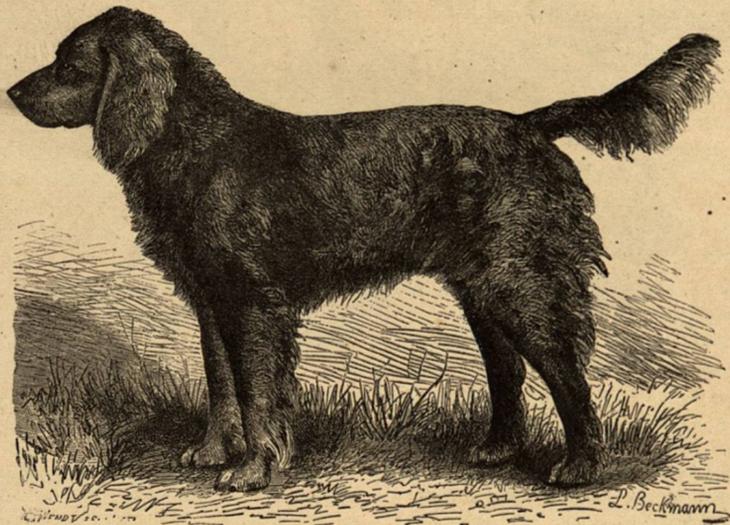


Un mal paso.

Los elementos de la naturaleza suscitan también á veces poderosos obstáculos. Las avalanchas, los peñascos que se derrumban, las borrascas de nieve, la excesiva abundancia de ésta, diezman con frecuencia á las gamuzas; pero que el trabajo aplicado á la conservación de estos animales no es estéril lo demuestra la prontitud con que se multiplican en parques y vedados si se cuidan debidamente, superando en esta parte á los corzos y á los ciervos.

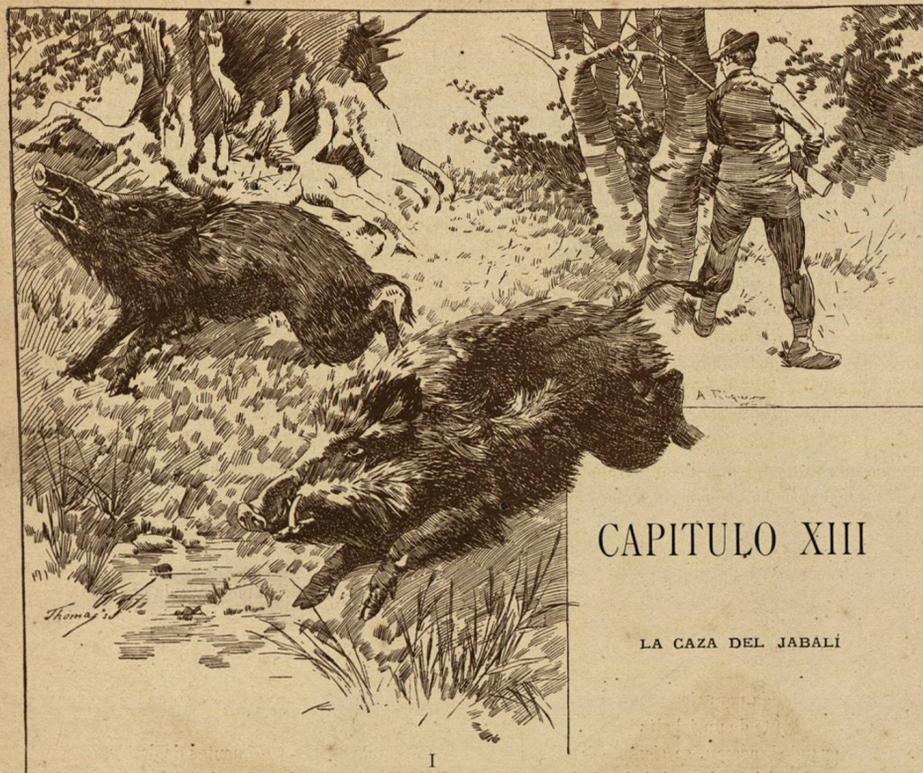
La caza de la gamuza se ha descrito tantas veces, que me limitaré á consignar algunas ligeras observaciones. Se cazan á la mano, al acecho y en ojeo. Este último sistema es sólo aplicable en donde abunden sobremedida, esto es, en posiciones reales, y pide menos gasto en los ojeadores que si se tratara de otra cualquier montería. He asistido á dos monterías de esta clase, y en cada una de ellas, con sólo dos ojeadores, se han podido tirar más de ciento. Consiste esto, parte en la índole del

terreno y parte en la de las gamuzas. Cuando éstas se ven acosadas, se refugian siempre en las alturas, y, por consiguiente, es fácil tirarles. Si, por ejemplo, como aconteció en las dos cacerías citadas, un tajado peñasco cierra algún valle, ofrece sólo un punto aislado, cómodo para el paso. Pero las gamuzas, como todos los animales y como el hombre, no propenden á fatigarse gratuitamente; eligen el camino más cómodo, y así se comprende que todas las de un valle se tiren sin trabajo. Añádase á esto que los variados ecos producidos por el tiro en las montañas elevadas dificultan sobremanera conocer la dirección en que ha caído la pieza, y que las gamuzas están harto acostumbradas al estruendo de las avalanchas y de los desprendimientos de los grandes peñascos, y á otros ruidos semejantes al de la explosión de las armas de fuego. Si suena, pues, un tiro, y cae uno de estos animales, no se asustan los demás de la manada, ni dejan de seguir



su camino; lo que nunca sucede en las monterías en tierra llana. Sólo así se explica que en la primera de las dos cacerías indicadas se me presentasen sucesivamente á tiro unas doce manadas, compuesta cada una de diez á veinte cabezas, y que matara yo seis vigorosos machos con la misma comodidad que si me los hubieran atado, viniendo las últimas pjaras tan confiadas como las primeras.

Para el buen éxito de esta caza, á mano ó al acecho, es necesario dominar á las piezas, conocer á palmos el terreno, el número de las que se han de tirar y el paraje en donde se halla el cazador, así como las costumbres de la caza; tener mucho cuidado con el viento, piernas robustas, cabeza no sujeta á vértigos, buena vista y puntería certera. Los novicios no sirven para esto, á no ser que les sirva de guía un veterano, mientras que al ojeo, aun siendo medianías, la diversión es completa y segura.



## CAPITULO XIII

LA CAZA DEL JABALI



ANIMAL tan conocido es el jabali, tipo del cerdo doméstico, que casi podríamos dispensarnos de reseñarlo minuciosamente.

Tiene las orejas más rectas y más pequeñas que el cerdo doméstico, la cabeza enorme y desproporcionada con

relación al resto del cuerpo, que sustentan cuatro patas muy cortas; sus terribles colmillos son encorvados hacia fuera, y lleva cubierta la piel de cerdas erizadas en todo tiempo. El pelo es negro, por lo común; su vista, de poco alcance; el olfato y el oído son muy finos en cambio, y carece de juego en el pescuezo, por cuya causa no puede volver á los lados su monstruosa cabeza.

Tomo III.—Caza mayor y menor

El conjunto que ofrece este animal es feo, y, más que feo todavía, repulsivo; pero cuando se siente herido y se entrega á la furia del combate, lleno de espuma y con los ojos inyectados en sangre, ó cuando, según representa nuestra lámina, se ve acosado de cerca por el furor de la jauría y la amenaza de los cazadores, y corre como una saeta, y salta cercas y pantanos, y troncha jarales huyendo de sus perseguidores, entonces es preciso confesar que presenta un aspecto magnífico en toda la plenitud de su selvática bravura y de su indómita fiera.

Sin embargo, el jabali no es una bestia feroz, propiamente dicho. Teme al hombre; corre cuando éste se le aproxima, aunque no tiene miedo alguno de los perros, sucediéndole lo contrario que á las demás piezas de caza, á las que el perro inspira un terror profundo.

El jabali no pide más que una cosa, ó, por mejor decir, dos cosas: la primera, que le dejen durante el día encamarse tranquilamente en el lugar más húmedo y